

Mis primeros cuarenta años en la UAM

Vladimiro Rivas Iturralde

EL POETA CARLOS MONTEMAYOR, a quien conocí siendo él director de la *Revista de la Universidad Nacional*, me pidió un día de agosto de 1974 que acudiera a las siete de la mañana con mi *currículum* a su casa de la calle Morena en la Colonia del Valle. Protesté por hacerme levantar tan temprano, pues ya me había habituado al horario vespertino del Colegio de Bachilleres. Escondió el propósito hasta el otro día. Llegué temprano y había tres personas más, desconocidas para mí, esperando en la sala, *currícula* en mano. Carlos, entonces, rompió la cáscara de la nuez y expuso: acababa de fundarse una nueva universidad —proyecto del presidente Echeverría para descongestionar la UNAM, a punto de estallar con sus más de 250 mil alumnos— con el nombre de Universidad Autónoma Metropolitana y tres unidades que habrían de vincularse académicamente, como laboratorios del entorno, con los problemas del medio en que estaban insertas: Azcapotzalco, Iztapalapa, Xochimilco. Un proyecto claramente metropolitano. Sólo uno de los cuatro presentes esa mañana sería aceptado como profesor investigador. Llegar a la unidad Azcapotzalco, aun en automóvil, era una excursión de tipo safari. Todo se enrarecía en el camino: la elegancia, los edificios, el asfalto, para terminar en una barriada suburbana triste, seca, polvorienta, con perros hurgando en los basurales y un penetrante olor a rastro y pan dulce en el aire. El rastro y la Bimbo eran nuestros vecinos. La Universidad era un campo yermo en cuyo centro se levantaba un edificio rectangular inacabado con una plaza en el centro, donde crecían dos o tres árboles incipientes. Las rejas en torno le infundían al conjunto el aire carcelario de un campo de concentración. La entrevista con el jefe del Área de Redacción e Investigación Documental, Humberto Martínez, me favoreció. Pese a mi juventud, yo llevaba ya una abultada experiencia docente y decente, dos libros publicados, muchos artículos y traducciones. No había todavía programas para las materias que iban a impartirse y nosotros debíamos elaborarlos en grupo, antes del inicio de clases. Conversé con Humberto sobre Joseph Conrad, autor sobre quien yo había escrito y traducido. Esa mutua admiración por



Fotografía: Archivo UAM

el novelista nos unió aún más. Fui aceptado, con el salario más generoso que hasta entonces había percibido. Pero así como pareció fácil el ingreso, resultó difícil la permanencia. Mis esfuerzos fueron recompensados con el tiempo: me gané a pulso la titularidad.

Humberto, Carlos y yo compartíamos un cubículo repartiéndonos la tarea de elaborar los programas, buscar bibliografía, etc. Cada quien estaba absorto en lo suyo, cuando me llamó la atención el aleteo incesante y vertiginoso de las hojas de un libro. Carlos las pasaba y repasaba a gran velocidad sin leerlas. Luego de hojearlas una por una en el orden correcto, empezó a hacerlo de atrás para adelante. “¿Qué haces, Carlos?”, le pregunté.

Me miró con la risa y picardía de sus ojos: “Estoy aprendiendo lectura rápida”. Consistía en eliminar la pronunciación de las palabras y sólo leer con los ojos. Pero la primera etapa del aprendizaje consistía en eliminar la costumbre de pronunciar las palabras, llegar a un momento en que se ha olvidado la manera tradicional de leer y entonces entrar a la nueva. Yo no quise arriesgarme a volver al analfabetismo y me negué a experimentar.

Mis mejores recuerdos de esa época tienen que ver con la lectura y la conversación. Recuerdo lo abismalmente profundas que resultaban mis conversaciones filosóficas con Humberto Martínez, en más de un sentido un hombre sabio. Bernardo Ruiz bautizó a Carlos y Humberto como “Los dos teólogos”, aludiendo al cuento de Borges. Ese arte de la conversación se ha perdido, no sólo en la UAM, sino en todas partes. Es una de las grandes pérdidas de estos tiempos de la soledad del internet y del estrés. Por alguna misteriosa razón, las paredes de mi cubículo, que era esquinero, no se habían empalmado ni se habían cerrado, dejando una fisura por donde el frío de la tarde y de la noche se colaba sin piedad.

Yo me protegía con un poncho sudamericano y en esas tardes melancólicas en que coincidían la lejana puesta del sol con el cercano silbido del tren, leí, en mis tiempos libres, *La montaña mágica* de Thomas Mann, una de las más placenteras aventuras lectoras de mi vida. Estaba claro para nosotros, los profesores de Redacción e Investigación Documental, que nuestra primera obligación era leer para enseñar a leer a nivel universitario.

Pero no sólo leíamos. Organizábamos por nuestra cuenta actividades que fueron la semilla de los actuales cursos de formación y perfeccionamiento de profesores. El más memorable fue el curso que Carlos Montemayor nos dio de iniciación al latín. Luego vendría un

seminario algo desordenado acerca de nuestras lecturas de Lingüística: Saussure, Sapir, Hjelmslev, Propp. Carlos dijo un día que le gustaría aprender danés para leer a Hjelmslev.

Siempre fui audaz y atrevido. En los primeros meses leía con mis alumnos a algunos de mis autores favoritos en castellano: Borges, García Márquez, Octavio Paz. Ante las deficiencias lectoras de la mayoría de mis alumnos, les pregunté cómo iban en las demás materias. “Maestro”, me dijeron, “me paso leyendo el libro de Doctrinas Políticas hasta las dos de la mañana y no entiendo nada”. Me alarmé y pregunté por ese libro. Era *Objeto y método de la Ciencia Política* de George Sabine, un libro que requería conocimientos previos de Platón, Aristóteles, Tito Livio, San Agustín, Maquiavelo, Locke, Hobbes, Rousseau, Tocqueville, Marx, Nietzsche, Lenin, Gobineau, entre otros. Quizá no me incumbía, pero pedí al director de Ciencias Sociales, Miguel Limón, una reunión interdisciplinaria de profesores y expuse el problema: imponerles esa lectura a los estudiantes era una experiencia antipedagógica. Me estaba metiendo sin permiso en casa ajena. Los doctos profesores de Doctrinas Políticas me miraron con asombro pero también con comprensión. Logré que, en vez de ese libro, se incluyera en el programa la lectura de los clásicos de la ciencia política. Entonces derribé también mis castillos en el aire y me puse a leer con los estudiantes los libros de disciplinas distintas a la mía, particularmente Doctrinas Políticas. Fue un gran aprendizaje para mí: leí con atención profesoral a autores a los que, en otras circunstancias, jamás habría leído: Platón, Aristóteles, Maquiavelo, Rousseau, Engels, Daniel Bell. Y, como leía con ellos en clase, sacando a flote todo tipo de problemas de comprensión, inventé (o reinventé o apliqué) el método de la lectura comentada. Leer en clase y comentar y discutir lo que leíamos fue una experiencia placentera, estimulante y fructífera, tanto para mis alumnos como para mí mismo. Todos aprendíamos de todos, con el libro abierto como fundamento.

Pero también había estudiantes muy solventes. Eran los hijos de los políticos del PRI de los setentas, con muy buena preparación escolar. Por eso se decía que el objetivo implícito del plantel era formar académicamente a los cuadros futuros del partido gobernante. La

primera huelga de trabajadores, en la que se conformó el sindicato, parece que dio al traste con este proyecto. En adelante, mis alumnos serían muchachos de clase media y media baja, que hacían grandes esfuerzos por sobrevivir y estudiar, y llegaban a la universidad con grandes carencias educativas.

Siempre me gustó apodar a mis estudiantes. En uno de mis primeros trimestres tuve a un alumno de nombre Áyax, un hombre de más treinta años a quien apodé en voz alta como “Áyax, el valeroso guerrero de Troya”. Sentí un silencio incómodo en el aire, que se cortaba con cuchillo. Luego me explicaron sus compañeros que había desempeñado un papel muy ingrato en el movimiento estudiantil del 68. Releí *La noche de Tlatelolco* y los comentarios de mis alumnos se confirmaron.

La UAM en los primeros dos años vivió su vida como una gran familia. Era todavía pequeña, casi todos nos conocíamos, había mucho diálogo, no teníamos prisa por ganar puntos; cualquier lugar era un punto de encuentro: el comedor, la incipiente biblioteca, la caja de pago, los pasillos, hasta el gimnasio del Deportivo Reynosa, donde los químicos Adolfo y Dora Grinberg, Bernardo Ruiz y yo coincidíamos para las clases de esgrima. Los sociales y físico matemáticos nos conocíamos muy bien y hasta podíamos desafiarnos a duelo. De esos primeros años data mi amistad íntima con Margarita Martínez Leal (entonces Helguera), que ha persistido a lo largo de los años de un modo inquebrantable. Conocía a profesores de otras Divisiones y hasta sabía en qué estaban trabajando: éste, en el ferrocemento; ése, en energía renovable; aquél, en física nuclear. Y yo era, ni más ni menos, un escritor.

La universidad crecía en muchos sentidos: en población escolar, académica y de servicios. Pero también en complejidad, y debo admitir que me costó mucho adaptarme a la complejidad burocrática ulterior, es decir, a perder la inocencia original. El campus se fue poblando de césped, árboles y plantas, mientras el entorno de pobreza seguía igual, con los perros escarbando en los basurales. El metro y los autobuses facilitaron el acceso a la universidad. Y, como toda institución, podía ser también un centro donde se formaban amistades sólidas. La universidad me ha

regalado mis mejores amigos. Y podía ser también una eficaz Celestina, un discreto centro de ligue: de estudiantes, profesores y empleados en general. No fui la excepción. A fines de los ochentas, me topaba en los pasillos con una joven y atractiva profesora que se encargaba de tramitar becas para los académicos. La visité en su oficina y, con el descaro que me infundía el deseo, le dije que venía a buscar no una beca académica sino una personal, de ella y con ella. Obtuve su beca por un par de años.

No sé cuántos alumnos he tenido en cuarenta años. No he llevado una cuenta exacta, pero un cálculo conservador me lleva a la cifra de ocho mil, y a casi todos les he dado atención personalizada. En este sentido, he tenido que luchar a brazo partido contra un sistema educativo nacional que conduce hacia la masificación de la enseñanza. Siempre me he opuesto a ella, la corriente en boga. Era consciente de que las horas de clase no bastaban para subsanar las enormes carencias de los estudiantes. Si tuve más de ocho mil alumnos, a todos di atención personal, con asesorías obligatorias después de las clases, y pude constatar con dolor hasta qué alto grado esos muchachos estaban acostumbrados a no recibir atención personal. No la habían recibido, en términos generales, ni en la casa ni en la escuela y se asombraban de que ahora se les pudiera atender de otro modo. Sé que era una quijotada y un trabajo descomunal, pero también que era mi deber. Esta entrega a mi trabajo, al igual que la práctica de la lectura comentada, contribuyó para que se me otorgara el premio a la docencia en el año 2000. Me honra haber sido profesor de Rectores, como Carmen Beatriz López Portillo y Adrián de Garay; de Directores de División, como Roberto Gutiérrez y Abelardo Mariña Flores; de profesores tan distinguidos como Mauricio Tenorio Trillo, José Hernández Prado, Miguel Ángel Aguilar, María Josefá Montalvo, Carlos Gómez Chiña y tantos otros de quienes mucho he aprendido. Siempre tuve, en cada trimestre, al menos un alumno entusiasta que se iba a la UNAM a estudiar literatura, además de la carrera que seguía en la UAM. Pero, aunque conservo las excelentes redacciones que han merecido las más altas calificaciones, de nadie he aprendido tanto como de quienes leían y escribían muy mal. Esto me hizo

replantearme desde la raíz misma la actividad de la lectura y la escritura.

A pesar de lo agotadoras que podían ser las clases con sus respectivas asesorías, y quizá con la intención secreta de no sentirme rebasado por el burocratismo de la nueva universidad, me di tiempo para organizar, en los primeros años, con la colaboración de amigos como Bernardo Ruiz, un cine club que funcionó menos de un año, pero que fue precursor de las actividades cinéfilas que actualmente sostiene la sección de Actividades Culturales. De mucho más reciente creación fue mi programa de introducción a la ópera, llamado “La ópera como en la ópera”, porque consistía en la proyección semanal de una ópera filmada en DVD, de mi colección particular, para toda la comunidad universitaria de Azcapotzalco, con introducción y comentarios. Un grupo de jubilados externos fue el mayor beneficiario de estos programas, porque las obligaciones laborales y estudiantiles impedían asistir con regularidad a aquellos a quienes básicamente iban dirigidos. En términos generales, los horarios de clases obstaculizan, para bien o para mal, las actividades artísticas extracurriculares. Para hacer algo en este campo, hay que luchar, una vez más, contra un sistema curricular más poderoso que las buenas voluntades individuales.

Ocho libros, cuatro más como editor e innumerables artículos he producido en estos cuarenta años. Considero muy poco. Tengo la sensación de no haber hecho nada aún, de estar siempre empezando, de que sólo termino mis primeros cuarenta años en la UAM. No lo digo con amargura, sino con esperanza. Coincido con Rousseau en que el aprendizaje no se acaba nunca, en que la escuela es la vida misma, no las aulas, y que la universidad es un conglomerado en el que se sintetizan todas las contradicciones de una nación, a las que hay que enfrentar con lucidez y valentía.

Camino por los pasillos de la universidad, que son largos túneles del tiempo, y veo los rostros y los cuerpos de los compañeros que me acompañaron a lo largo de estos años y no puedo evitar el dolor de ver su envejecimiento, que también debe ser el mío. Ellos son mi espejo, y es inevitable que esos desplazamientos físicos también lo sean de la memoria y posean la nostalgia de un pasado que se niega a desaparecer. 